



## Capítulo 234 - Mi primer amigo fue un lindo perrito

"Casi, paloma", murmuró Vergil, con la expresión intacta mientras el ángel caído explotaba en una ola de luz y destrucción. El último intento de desafío había sido consumido por la furia del Rey Demonio, reduciendo al enemigo a polvo luminoso.

Sin perder tiempo, se volvió hacia el otro ángel caído. No le costó ningún esfuerzo. Con un simple gesto, una ola invisible de poder demoníaco recorrió el aire y, en un instante, el cuerpo del ángel quedó devastado. Su sangre fue extraída violentamente, formando una esfera carmesí que flotó frente a la mano de Vergil. La habilidad del clan Bael para manipular la sangre era absoluta.

—Hm... eso fue más difícil de lo que pensaba. —Vergil frunció el ceño, mirando su propia mano, como si algo estuviera mal.

¿Era más fuerte? No... probablemente su densidad energética era mayor que la de los demás. Eso es todo. Reflexionó, antes de finalmente centrar su atención en los dos demonios que seguían allí de pie, temblando como hojas al viento.

"Ah... qué tipos tan molestos..." Vergil suspiró, aburrido, y luego alzó la vista hacia ellos. "¿No les dije que se fueran? Cierren esta dimensión de batalla."

Los dos demonios casi se atropellan en su prisa. Agarraron el cubo que mantenía activa la dimensión, pero con la prisa casi lo dejaron caer. Uno de ellos logró sujetarlo a tiempo y, con un chasquido seco, partió el artefacto por la mitad.





La realidad circundante se distorsionó. Como si un espejo agrietado se rompiera desde dentro, la dimensión de batalla se desintegró en una implosión silenciosa, arrojando a Vergil de vuelta al mundo mortal.

Aterrizó suavemente en el aire, flotando sobre la ciudad destruida. El cielo aún estaba teñido de caos, las sirenas resonaban en la distancia y los helicópteros surcaban la noche con sus reflectores.

"Bueno, ya destruí a uno...", murmuró, entrecerrando sus ojos demoníacos mientras escudriñaba el horizonte. "Ahora solo quedan... veintitrés".

Para una persona común, parecía estar mirando fijamente a la nada. Pero la verdad era diferente. Sus ojos demoníacos captaban cada punto de concentración de energía negativa en la ciudad. Podía ver cada fisura dimensional, cada presencia demoníaca oculta en las capas superpuestas de la realidad. Aunque intentaran ocultarse, aunque se refugiaran entre los pliegues del espacio, nada escapaba a su vista.



Una sonrisa aguda se formó en sus labios.

"Bueno... manos a la obra." Vergil chasqueó los dedos y desapareció, reapareciendo en el cielo sobre un nuevo punto de distorsión dimensional. Podía oler la energía negativa extendiéndose como una plaga. Era una podredumbre invisible para los humanos, pero para él, tan evidente como sangre fresca en el aire.

"Veamos qué tenemos aquí..." murmuró, mientras sus ojos demoníacos se adaptaban.

La dimensión de batalla era inestable, parpadeando como una vela a punto de apagarse. Cada segundo, aparecían más grietas alrededor de la burbuja de



realidad alternativa. Si continuaba, colapsaría por sí sola, mezclando los escombros con el mundo mortal.

Virgilio no iba a esperar.

Descendió como un rayo negro, rompiendo la barrera dimensional como si fuera papel fino. El entorno circundante cambió al instante. El cielo púrpura, oscuro y distorsionado, cubrió un espacio de ruinas flotantes. Rayos negros atravesaron el cielo, y la tierra pareció latir como carne viva.

Abajo se estaba produciendo una masacre.

Cinco ángeles caídos se enfrentaban a tres demonios de la nobleza. El campo de batalla era una imagen de violencia: cuerpos destrozados, hechizos explotando, espadas atravesando carne y sangre goteando como lluvia.

Vergil aterrizó en medio del conflicto, sus botas tocaron el suelo agrietado sin hacer ruido.

Por un breve momento, no pasó nada.

Entonces los ángeles caídos se dieron cuenta de su presencia.

"¡Tienes que estar bromeando!", gruñó uno de ellos, con la ira reflejada en su voz. "¿No te dijo el jefe que te alejaras de un tipo con el pelo blanco y los ojos rojos?"

Otro, con alas negras quemadas, lo apuntó con su lanza. "¡Maldito Lucifer! ¡No tienes nada que ver con esta batalla, lárgate!"





Vergil arqueó una ceja y dirigió la mirada a los tres demonios en el suelo. Estaban gravemente heridos, pero al verlo, reaccionaron al instante.

Dejaron caer sus armas y cayeron de rodillas.

"Rey Demonio..." Uno de ellos tartamudeó, con el rostro pálido de puro terror.

El segundo ni siquiera intentó hablar. Simplemente se inclinó por completo, presionando la frente contra el suelo.

El tercero temblaba tanto que parecía que iba a desmayarse en cualquier momento.

Vergil suspiró y se masajeó la sien. "¿De verdad doy tanto miedo?", preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Los ángeles caídos no perdieron el tiempo y atacaron al mismo tiempo.

Vergil sonrió. "Idiotas."

Con un gesto de su mano, la gravedad misma traicionó a los ángeles. Fueron arrastrados al suelo con una fuerza aplastante, sus cuerpos hundiéndose en la tierra como si hubieran sido golpeados por toneladas de presión. Huesos crujieron, alas se rompieron y gritos de dolor resonaron por el campo de batalla.

Vergil se acercó lentamente a uno de ellos y se arrodilló para mirarlo de cerca.

"Tuviste tu oportunidad de escapar", dijo en un susurro frío.



Y entonces, sin siquiera tocar al ángel caído, su cabeza explotó.

Los otros dos gritaron, pero Vergil ya se había movido. En un abrir y cerrar de ojos, atravesó a uno de ellos con su propia lanza y se la arrancó brutalmente. El último intentó lanzar un hechizo, pero Vergil simplemente chasqueó los dedos.

El cuerpo del ángel fue quemado desde adentro hacia afuera.

En menos de cinco segundos, todos estaban muertos.

Miró a los tres demonios aún arrodillados, que temblaban como si estuvieran frente a un dios vengativo.

"Ustedes no son nadie, ¿verdad?" preguntó.

Asintieron frenéticamente.

"Entonces deberías saber la respuesta a eso..."

Señaló el cubo que contenía la dimensión.

Los demonios ni siquiera lo dudaron. Uno de ellos agarró el artefacto y lo destruyó, colapsando la dimensión en cuestión de segundos.

Vergil reapareció nuevamente en el cielo de Los Ángeles, observando la ciudad iluminada debajo de él.





"Dos menos...", murmuró, escudriñando el horizonte con la mirada. Las otras 22 dimensiones aún brillaban como heridas abiertas en su visión demoníaca.

Su sonrisa se amplió.

"Sigamos adelante."

[Después de la 12ª Dimensión]

Vergil aterrizó suavemente en la cima de un rascacielos destruido, observando el caos que había debajo.

Explosiones, hechizos chocando, gritos de desesperación y cuerpos desmoronándose en partículas de energía. La escena era un espectáculo de pura violencia.



Flexionó los dedos e hizo crujir su cuello.

"Los últimos fueron demasiado fáciles... Espero que este me divierta un poco más."

Sin dudar, se lanzó como un meteorito negro, destrozando el suelo al impactar.

En menos de un minuto todo había terminado.

[Después de la 15ª Dimensión]



Vergil limpió la sangre dorada de un ángel caído de su chaqueta mientras caminaba por el campo de batalla ahora silencioso.

Los demonios sobrevivientes todavía estaban encorvados, sin atreverse a levantar la cabeza.

"Buen trabajo", dijo con un ligero tono de aburrimiento.

Los demonios casi se desmayaron de alivio.

Destruyó el cubo dimensional sin siquiera mirar atrás, dejando que el mundo mortal se tragara el espacio vacío.

[Después de la 20ª Dimensión]

Virgilio estaba de pie junto a una pila de cadáveres.

"Ya es suficiente."

Chasqueó los dedos y el resto de los enemigos se desmoronaron. Sin prisa, destruyó el último cubo y abandonó la dimensión. Pero al emerger de nuevo al mundo real, algo le llamó la atención.

Vergil flotaba en el cielo, entrecerrando los ojos al notar la marcada diferencia de esta dimensión.

Era enorme. Mucho más grande que todos los anteriores.





En su interior, decenas, quizá cientos, de hombres lobo libraban una guerra brutal contra ángeles caídos y vampiros.

La batalla fue un pandemio de violencia y destrucción.

Las garras atravesaron la armadura divina.

Lanzas sagradas perforaron pieles endurecidas.

La sangre fluía como ríos carmesí bajo la luz de una luna oscura y artificial.

Vergil observó por un momento, sus ojos brillando con interés.

—Bueno... eso finalmente se puso interesante. —Desapareció, cruzando la barrera dimensional y sumergiéndose directamente en el corazón del conflicto.



Tan pronto como Vergil cruzó la barrera dimensional, el silencio absoluto se apoderó del campo de batalla.

Fue como si el tiempo mismo hubiera dudado.

Hombres lobo, ángeles caídos y vampiros dejaron de luchar al mismo tiempo, sus instintos gritaban una única advertencia al unísono: peligro absoluto.

El olor a sangre fresca y el calor de la batalla aún flotaban en el aire, pero nadie se atrevía a moverse.





Vergil estaba allí, en el centro del campo de guerra, sus botas tocando suavemente el suelo cubierto de cadáveres y cenizas.

Escudriñó los alrededores con ojo vago, analizando los rostros aterrorizados que lo rodeaban.

"Bien...", murmuró, pasándose una mano por el pelo, indiferente a la masacre que se había desatado antes de su llegada. "¿Alguien quiere explicarme qué demonios está pasando aquí?"

Nadie respondió.

Los hombres lobo permanecieron rígidos, con el cuerpo tenso, como si estuvieran decidiendo si luchar o huir. ¿Pero luchar? ¿Contra él? Sería un suicidio.

Los vampiros, conocidos por su arrogancia, ni siquiera se atrevieron a respirar demasiado fuerte. Tenían la mirada fija en el suelo, con los colmillos expuestos en un involuntario reflejo de sumisión.

Los ángeles caídos fueron los únicos que opusieron resistencia. Uno de ellos, cubierto de cicatrices y con una armadura rota, aferró la lanza sagrada y gruñó:

"Vergil... Rey Demonio."

La mera mención de su título hizo que algunos guerreros dieran un paso atrás.

Vergil inclinó la cabeza y una sonrisa aguda apareció en sus labios.





"Ah, entonces me conoces."

El ángel caído escupió al suelo, con la mirada llena de odio.

"Bastardo... ¿por qué carajos estás aquí?!"

Los hombres lobo inmediatamente gruñeron al ángel caído.

Y fue entonces cuando Virgilio se dio cuenta de algo interesante.

Los lobos no le tenían miedo.

No como los demás.

Lo reconocieron, por supuesto, pero no mostraron el mismo miedo absoluto que sentían los demonios y los vampiros.



Eso significaba sólo una cosa.

Vergil sonrió, girando lentamente su rostro hacia el más grande de los hombres lobo: un alfa imponente, cubierto de cicatrices, con sus ojos amarillos brillando en desafío.

"Tú...", dijo Vergil, señalándolo directamente. "¿Quién es tu líder?"

El que parecía un alfa dudó por un momento, luego dejó escapar un profundo suspiro y respondió: "Nuestra princesa".



El silencio que siguió estaba cargado de tensión.

Vergil entrecerró los ojos, analizando al hombre lobo frente a él. Antes de que pudiera decir nada, un aullido ensordecedor rompió el aire, un sonido tan profundo y resonante que hizo que los vampiros y ángeles caídos retrocedieran instintivamente unos pasos.

¿Pero Virgilio?

Él permaneció inmóvil, completamente imperturbable.

Sus ojos se volvieron hacia la fuente del sonido y fue entonces cuando lo vio.

Sobre los restos retorcidos, bañada por la luz espectral de la dimensión de la batalla, se encontraba una loba de pelaje naranja, su inmenso cuerpo (casi el doble del tamaño de los otros hombres lobo) exudaba presencia pura.



La feroz mirada de la criatura recorrió el campo y luego habló, con una voz cargada de mando absoluto:

"Vamos."

Al instante, todos los hombres lobo se inclinaron en señal de sumisión y se prepararon para irse.

Pero antes de que pudieran darse la vuelta, Vergil se movió.

Como un borron imposible de seguir, apareció frente a la enorme loba, su abrumadora presencia haciendo vibrar el aire a su alrededor.



Los hombres lobo se quedaron paralizados. Los vampiros ni siquiera se atrevieron a respirar. Los ángeles caídos simplemente observaban, sin el valor de intervenir.

Virgilio levantó levemente el rostro y fijó su mirada penetrante en los ojos dorados de la bestia que tenía delante.

Y entonces, con una sonrisa aguda y peligrosa, murmuró:

"Y pensar que mi primer amigo era un lindo perrito..."

Los ojos de la loba se entrecerraron, pero Vergil no la miraba únicamente a ella.

Él vio a través de ella.

Sus ojos demoníacos atravesaron la barrera de carne y pelaje, sumergiéndose directamente en la esencia que se escondía dentro de esa forma monstruosa.

Y allí estaba ella.

La verdadera Alexa.

Su alma ardía como un reguero de pólvora, indomable e intensa, tal como él la recordaba.

Virgilio sonrió, casi con nostalgia.

"Te encontré."

